

molino quijotesco al fondo, se descargan los carros y se coloca todo, incluso las bestias, a la sombra de los pinos de la linde: desde allí se descubren los disciplinados millares de cepas colocados en filas marciales.

Y empieza la vendimia, entre la umbría de los pámpanos y la fragancia de los racimos. ¡Hala, hala, en la jovial y bulliciosa faena! ¡Qué gusto cortar y cortar racimos, maduros y apretados, blancos y negros!

Hala, vendimiadores:

*Que no quede ni un racimo
que se escape a vuestra vista,
que no corte vuestra mano
y el cuévano no reciba.*

A veces, entre el cortar de los trinchetes y las coplas bulliciosas y largas, las afanosas muchachas hacen un alto en la tarea, en ese afán de cantar y cortar entre las vides pomposas, para clavar los dientes nacarados en la pulpa jugosa de las uvas, en los racimos adornados con pámpanos esmeralda.

Durante el día, cuando hay carga de cestos rebosantes, por entre cuyos claros mimbres va vertiéndose el mosto, van las lentas carretas camino de los lagares, y el chirriar de las ruedas acompaña el pausado cantar de los gañanes:

*Aunque soy de la Mancha
no mancho a nadie:
más de cuatro quisieran
que las manchase.*

Al caer de la tarde, con los carros ahitos de banastas, retornan los vendimiadores a la aldea, pues:

*Rodeado de montes, en las lomas,
mirándose en la plata de algún río,
reposa suavemente el caserío
fingiéndolo una bandada de palomas.*

Así es la vendimia septembrina en las tierras fecundas de España: pardas de Castilla, ocreas en Aragón, luminosas en Levante, húmedas al Norte y rientes al Sur...

Comarcas afanosas y campos alegres donde —al compás de los frutos— se doran las muchachas que crecen y los niños que nacen; brotes y generaciones de una raza que con pulso heroico detuvo al sol en su carrera, que abonó con su esfuerzo y con su sangre durante siglos el suelo patrio con su músculo y con su materia orgánica, pero también con lo que fué, por tradición, su espíritu y su credo, sus alegrías y sus quebrantos.

José Sanz y Díaz.